

LA LEYENDA MACABRA DEL BURLADOR

~~XX~~

~~XX~~

De todas las literaturas, tal vez sea la española la única que posea ~~una~~
~~una~~, tres caracteres de tanto rango ^{a la vez,} como Celestina, Don Quijote y Don Juan, Tartufo, por ejemplo, en la francesa, no encuentra quien pueda hacer pareja con él. Si acaso, si acaso podríamos depararle a Gargantúa. Hamlet, en la inglesa, se ve colocado en el mismo trance. Y otro tanto le ocurre a Fausto en la alemana. Algunos otros ejemplos podrían traerse a cuento, pero basta con los enumerados. Es verdad que cualquiera de estos tipos-Fausto, Hamlet, Tartufo-, como creación literaria, se halla en la categoría de los tres españoles señalados. Algo, sin embargo, debe faltarles para que su poder de cautivación, su influjo en la realidad, no haya tenido el alcance de Don Juan, Don Quijote y Celestina. A aquéllos se les considera como monumentos literarios; a éstos, también, pero además como personas de carne y hueso. En cualquier pueblo y en cualquier idioma el más ignorante sabe lo ^{es} que hacer de Quijote, ser un don Juan o servir de Celestina. ¿Puede llegar a más una ficción literaria?

Pues bien, de uno de esos tres grandes caracteres de la literatura española es creador Tirso de Molina. Espíritu auténtico del Renacimiento, fray Gabriel Téllez llevó al teatro la penetración y el estudio de lo individual, que en el genial Lope, animador escénico de la epopeya nacional, era borroso, y en Calderón inclinado a lo simbólico, abstracto e ideal. Tirso, heredero del ~~arte~~ ^{arte} ~~neto~~ lopista de hacer a medias, -¿quién ~~xx~~ escapaba entonces de este gran ce-po?- imprimió a su teatro un realismo no cultivado hasta ese momento con tanta fuerza. Y lo dotó de caracteres tan fuertes, definidos y atrayentes, que algún crítico ha llegado a situar al fraile mercedario en lugares aledaños al genio de Shakespeare. Especialmente fueron los caracteres femeninos los que con más vigor y encanto salieron de su pluma. Alguien, ~~xxxxxxx~~ no sé si con malicia o con agudeza, ha querido ver en ello la experiencia del religioso ca-

zador de secretos de confesionario. Lo cierto es que las mujeres de Tirso están investidas de una pasión, una simpatía y un espíritu extraordinario, y sin embargo no habíaⁿ de ser ellas las que llevaran a su creador al extremo de su gloria, sino por el contrario un tipo de hombre, un hombre amado y aborrecido por las mujeres; casi me atrevería a decir, recreado o imaginado por ellas mismas. Este tipo de hombre es Don Juan.

¿De dónde surgió Don Juan? ¿Quién le dió vida? ¿Cuáles fueron las raíces de su escandaloso portento? Existe una vieja costumbre en el mundo de habla española, que consiste en resucitar sobre la escena, cada año, en el Día de Difuntos, el mito de Don Juan. Adviértase que digo resucitar tratándose de muertos, y ello no significa un desajuste ni, menos, una incoherencia. Generalmente, el Don Juan que en tal ocasión sube al tablado es el de Zorrilla. Pocas veces el de Tirso, que es el que probablemente dió origen a la costumbre, y estaba, a su vez, originado en otra, como luego veremos. A primera vista, salta como una contradicción la coincidencia del tipo del Burlador con la lúgubre fecha de sus reapariciones. Pero esa contradicción es sólo aparente. Nada más lejos, en efecto, del espíritu jocundo y derrochador de Don Juan que el tañido funeral de las campanas y el letal aroma de las coronas mortuorias. Don Juan, el hombre Don Juan, desnudo de preocupaciones teológicas, puesto en el centro mismo de su mito, es un ansia perpetua de vivir. Es la vida embriagada de apetencias y deseos: la sublimación terrenal de los sentidos, olvidados, desentendidos de la idea de la muerte para no tener que habérselas con límite alguno. Pero el marco teatral que ampara a Don Juan no recoge sólo este aspecto de su desafortunada existencia. Quiero decir que, en el drama, el tema del frenesí erótico se enlaza con el episodio del convite macabro, y es ahí precisamente—en esa conjunción, que ha deparado su gran popularidad a la obra escénica—donde hallamos la razón de sus periódicas visitas al llegar el Día de Difuntos.

La figura de Don Juan, antes de ser creada por Tirso, andaba ya en leyendas y cuentos, no sólo dentro de España, sino fuera de ella. Andaba difusamente, sin cuajar, sin el destello que después tuvo en las manos del fraile de la Merced.

Algo de ella había también ya en La fianza satisfecha de Lope, en El infamador de Juan de la Cueva, y en El esclavo del demonio de Mira de Amescua. Pero Tirso fue el modelador definitivo, su verdadero e indiscutible artífice. Luego, siglos después, Zorrilla no buscó como fuente para su Tenorio el drama de fray Gabriel Téllez, sino que se sirvió de El convidado de piedra de Zamora, de La cena en casa del comendador de Blaze de Bury, de Las ánimas del purgatorio de Merimée y, sobre todo, del Don Juan de Marana de Alejandro Dumas. Y, no obstante, en una y otra obra-en la de Tirso y en la de Zorrilla-se da el encuentro aludido de los dos temas, se da esa fusión del ansia amorosa y del desafío de la muerte, que otorga a la reiterada creación su interés más vivo. ¿Por que los dos autores buscaron esa misma trabazón? ¿Por qué coincidieron en reunir las aventuras del disipador con la anécdota del convidado de piedra? La causa pudiera hallarse en la inequívoca ~~es~~ **españolidad** de Don Juan. El Burlador-a pesar de ~~los~~ ~~los~~ ~~los~~ intentos de algunos críticos e investigadores, como el italiano Arturo Farinelli, que han tratado de oscurecer su timbre peninsular^e ~~ibérico~~-es español, de los pies a la cabeza. Como embaucador de mujeres, como gozador de todos los placeres, podrá reputársele figura universal, puesto que en su anárquica e inaprehensible naturaleza ven reflejadas-libertadas-los hombres sus ansias contenidas; pero como retador de lo sobrenatural, como vivo ejemplar de la soberbia humana que, aun siendo creyente, se enfrenta a los tenebrosos poderes del más allá, Don Juan-lo repito-es un español enterizo. Y éste fue, sin duda, el móvil esencial que, a través de Tirso y de Zorrilla, dió vida a la ficción del caballero sevillano.

Siglos atrás, en algunas regiones de España, la noche del 2 de noviembre se solían celebrar, dentro de las iglesias, fiestas y algazaras que casi siempre terminaban de manera orgiástica. En tales ocasiones, el alcohol era causa de que los reunidos, al llegar a la embriaguez, perdiesen el respeto por los altares, incluso por las imponentes tumbas que los rodeaban, y es posible que algunos de ellos trataran de compartir sus libaciones con las estatuas de los sepulcros y hasta que creyeran verlas animarse y asistir a sus festines. En es-

ta extraña-¿e irreverente?-costumbre encontramos ya un antecedente de la leyenda del convite macabro que recogió Tirso en su drama y que, más tarde, Zorrilla incorporó al suyo. En el acervo de los viejos romances novelescos y populares existen, además, otras apoyaturas. Por ejemplo, en un romance recogido de la tradición oral en Riaza (Segovia) y en otro hallado en la provincia de Burgos, se observan elementos de semejanza con la última parte del Burlador de Tirso. Y, sobre todo, hay un romance, de Riello, en tierras de León, que no deja lugar a dudas en cuanto a su afinidad con la misma obra teatral. Se cuenta en ese romance que, yendo un joven caballero a misa, encontróse con una calavera, a la cual irrespetuosamente dió un puntapié y después invitóla a una cena en su casa. La calavera se presentó aquella noche en la mansión del insolente mozo, pero no quiso participar en la comida; en cambio exhortó al retador a que la acompañase a la iglesia, al cantar los gallos de la media noche. Llegados al templo, el caballero vió, en medio, una tumba abierta; la calavera le propuso que bajara a ella para comer de su cena; pero el galán, espantado ante el negro agujero, se negó a dar un paso, y entonces la calavera le recriminó su proceder, aconsejándole que, en otra ocasión parecida, se comportase con más prudencia.

También aquí hallamos puntos de coincidencia con el desafío de la estatua funeraria del Comendador y con la presencia de éste en la casa de Don Juan. Pero todavía es posible aducir una prueba más: en el siglo XVII, en algunas casas españolas, aún se mantenía una especie de rito macabro, al llegar ciertos días, consistente en colocar en la mesa, a la hora de comer, unos platos para los muertos. Ignoro a qué obedecía tan extravagante ceremonia, pero hay pruebas y testimonios abundantes de que se practicaba como queda dicho. He aquí, en estos pormenores, algunos de los motivos que explican los orígenes de la figura poética del Burlador. (— y su reaparición en la escena, cada año, el Día de Difuntos —) Sólo los orígenes. Porque su incorporación inmortal a la vida del teatro — y también a la vida de los hombres — fué obra de Tirso. Él le infundió el poderoso aliento de su personalidad, y de él la tomaron como modelo no pocos autores italianos del siglo XVII, Molière en Francia, Byron en Inglaterra, Da Ponte para el libreto que habría de servirle a Mozart en su famo-

sa Ópera, Zamora en España y algunos otros escritores. Toda la gloria, pues, de esta creación maravillosa pertenece a fray Gabriel Téllez, ^{al} al sutil~~is~~ realista, al diverso, al penetrante Tirso de Molina, ~~a cuyo memoria, en este homenaje se Don Juan en la escena, es posible que tanto a los españoles como a los latino-~~ ^{En cuanto a la reaparición anual} ~~centuria~~l, dedicamos estas ligeras reflexiones.

americano nos siga moviendo el mismo afán que movía al irresistible coleccionista de intimidades femeninas. Y no porque Don Juan esté muerto —Don Juan no morirá nunca: es la encarnación de los sueños y los deseos que el hombre, maniatado por la ley, no se atreve a expresar—, sino porque también bajo nuestra piel se mueve constantemente el dragoncillo rojo de la soberbia...